



ECOS DE LA PALABRA Por Javier Castillo, sj

Una apuesta por la Vida

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 11, 1-45 (5º Domingo de Cuaresma - Ciclo A – 2 de abril de 2017)



Alberto y Paula, periodistas de un importante medio de comunicación europeo, se acercaron a una colina desde la que se podía divisar la ciudad. El espectáculo era dantesco. Centenares de muertos apilados junto a los escombros de edificios que hasta hace poco albergaban a cientos de familias y negocios. Los heridos, que se contaban por miles, haciendo largas filas para recibir la atención de los organismos de socorro

que habían llegado a la ciudad. En otro sector de la ciudad se empezaban a levantar tiendas de campaña para dar cobijo a cientos de personas que habían quedado sin techo por el efecto de las bombas lanzadas la noche anterior. Las filas para recibir un mendrugo de pan y una taza caliente de caldo se alargaban como una sombra de dolor y sufrimiento. La muerte se había apoderado de la ciudad.

En la colina, los jóvenes periodistas se encuentran con una mujer que, con el rostro sombrío, se lamenta diciendo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto...”

Esta historia, que podría servir de guion para una película apocalíptica de las que narran la extinción del género humano después de la última “gran guerra”, es, desafortunadamente, la historia de cientos de hermanos y hermanas que se encuentran todos los días con la muerte. Algunos por las guerras originadas por el control económico, por los conflictos étnicos y religiosos, por el dominio geopolítico, etc.; otros por el hambre y la exclusión y, no pocos, por las múltiples formas de violencia como la trata de seres humanos, la xenofobia, el racismo, la homofobia y un largo etcétera. La vida se nos va de las manos y, al parecer, la de los pobres cuenta poco.

Ante esta situación no son pocos los que se preguntan ¿dónde estaba Dios que permitió esto? O, con las palabras de Marta y María, las hermanas de Lázaro, hacerle el reproche “si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto...”

Sigamos con la historia del inicio. Alberto y Paula escuchan con atención los lamentos de la mujer, pero su atención se ve interrumpida por el llanto de un hombre que aparece junto a ellos. Sus lágrimas, notan los periodistas, están cargadas de un amor solidario con el dolor que han sufrido sus hermanos, sus seres más queridos. A este hombre se

ve que le duele el dolor y que se le han removido las entrañas al ver el horror de su ciudad, de su pueblo destrozado por la muerte.

Ese hombre es Jesús que llora por el pueblo como lo hizo ante el cadáver de Lázaro. Jesús no es un Dios impasible que pasa de largo ante las situaciones de dolor. ¿Dónde estaba Dios cuando pasó esto? La respuesta es fácil: muriendo con su pueblo, haciéndose solidario con su suerte y animando a los que lo han perdido todo. También Jesús llora al ver que su apuesta por la libertad del ser humano desde la primera hora de la creación ha sido trastocada por los intereses mezquinos de unos cuantos que se niegan a vivir el sueño de una sociedad fraterna y justa donde la única ley que rija sea el amor.

Pero la historia no termina en el llanto y la queja. Aquél hombre, junto con la mujer y los jóvenes periodistas, bajan a la ciudad y, con el mimo de un artesano, empiezan a reconstruir la vida que ha sido arrebatada por la muerte. Su grito es fuerte: ¡Salid fuera! No os quedéis llorando la muerte, la vida, como la del ave fénix resurge de las cenizas porque el invierno ha pasado y ha llegado la primavera. Sus palabras y sus acciones solidarias con las víctimas tienen un efecto impresionante: los que veían que todo estaba perdido empiezan a recomponer las fibras de la esperanza que habían quedado maltrechas por la guerra. Los que tenían un poco más de fuerza encuentran que sus pocas fuerzas unidas a las de otros, a las de la comunidad, pueden transformar la historia y rehacer los proyectos de vida truncados por el dolor. Su mirada es distinta, está llena de sentido y de un horizonte capaz de recobrar la felicidad. Esa nueva mirada no les deja caer en el pesimismo y la derrota, sino que les invita a sacar lo mejor de cada uno para ponerlo al servicio de los demás. La vida, entre los escombros, empieza a florecer.

La muerte no es la última palabra para Dios, su última palabra es la VIDA. La resurrección, la que esperamos como Marta en el último día, se empieza a experimentar cuando somos testigos de la vida en medio de las vicisitudes de cada día y cuando seguimos apostando por la vida aún en medio de las balas de los enemigos de la humanidad.

Escuchemos a Jesús, que es la resurrección y la vida. Él nos está invitando, como a Lázaro, a salir fuera para, junto con Él, ser artesanos de la vida.